

66.

ZAIDE. — XVI.

(Anónimo.)

Gallardo pasea Zaida
Puerta y calle de su dama,
Que desea en gran manera
Ver su imagen y adorarla;
Porque se vido sin ella
En una ausencia muy larga,
Que desdichas le sacaron
Desterrado de Granada:
No por muerte de hombre alguno,
Ni por traidor á su dama;
Mas por dar gusto á enemigos,
Si es que en el moro se hallan,
Porque es hidalgo en sus cosas,
Y tanto que al mundo espantan
Sus larguezas, pues por ellas
El moro dejó su patria:
Pero á Granada volvió
A pesar de ruin canalla,
Porque siendo un moro noble,
Enemigos nunca faltan.
Alzó la cabeza y vido
A su Zaida á la ventana,
Tan bizarra y tan hermosa
Que al sol quita su luz clara.
Zaida se huelga de ver
A quien ha entregado el alma,
Tan turbada y tan alegre,
Y cuanto alegre turbada;
Porque su grande desdicha
Le dió nombre de casada,
Aunque no por esto piensa
Olvidar á quien bien ama.
El moro se regocija,
Y con dolor de su alma,
Por no tener mas lugar,
Que el puesto no se le daba,
Por ser el moro celoso
De quien es esposa Zaida,
En gozo, contento y pena
Le envió aquestas palabras:
— ¡Oh mas hermosa y mas bella
Que la aurora aljofarada!
¡Mora de los ojos míos,
Que otra en beldad no te iguala!
¡Dime, faltate salud
Después que el verte me falta?
¡Mas según la muestra has dado
Amor es el que te falta!
Pues mira, ¡diosa cruel,
Lo que me cuestas del alma,
Y cuántas noches dormí
Debajo de tus ventanas!
Y mira que dos mil veces
Recreándome en tus faldas,
Decías: ¡El firme amor
Solo entre los dos se halla!
Pues que por mí no ha quedado,
Que cumplo, por mi desgracia,
Lo que prometo una vez,
Cúmplelo también, ingrata.
No pido mas que te acuerdes,
Mira mi humilde demanda,
Pues en pensar solo en tí
Me ocupó tarde y mañana.—
Su prolijo razonar
Creo el moro no acabara,
Si no faltara la lengua,
Que estaba medio turbada:
La mora tiene la suya
De tal suerte, que no acaba
De acabar de abrir la gloria
Al moro con la palabra:
Vertiendo de entrambos ojos
Perlas con que le aplacaba

Al moro sus quejas tristes
Dijo la discreta Zaida:
— Zaide mio, á Alá prometo
De cumplirte la palabra,
Que es jamas no te olvidar,
Pues no olvida quien bien ama;
Pero yo no me aseguro,
Ni estoy de mí confiada,
Que suele, el cuerpo presente,
Ser la vigilia doblada;
Y mas que tú lisonjeas,
Que ya lo tienes por gala,
De ser como aquí lo has dicho,
No habiendo en mí bueno nada.
Sé muy bien lo que te debo,
¡Y pluguiese á Alá quedara
Hecho mi cuerpo pedazos
Antes que yo me casara!
Que no hay rato de contento
En mí, ni un punto se aparta
Este mi moro enemigo
De mi lado y de mi cama;
Y no me deja salir,
Ni asomarme á la ventana,
Ni hablar con mis amigas,
Ni hallarme en fiestas ó zambras.—
No pudo escuchalla mas
El moro, y así se aparta,
Hechos los ojos dos fuentes
De lágrimas que derrama.
Zaida no ménos que él
Se quita de la ventana,
Y aunque apartaron los cuerpos
Juntas quedaron las almas.

(Romancero general.)

67.

ZAIDE. — XVII.

(Anónimo.)

Memoria del bien pasado,
No me aflijas ni atormentes,
Que el hacer discursos tristes
No es para tiempos alegres.
Yo ya perdí mi contento,
Si acaso pude tenelle,
Mezclado entre los temores
Del mal que tengo presente.
¡Ingrata! Con tus mudanzas
Tanto mis véras ofendes,
Que vuelves mi ardiente pecho
Mas helado que las nieves:
Los males que le causabas
Estimaba mas que bienes,
Y agora los bienes tuyos
Mas que males me parecen.
Tu memoria era bastante
En mi pena á entretenerme,
Y agora con tu memoria
Mi pena se aumenta y crece.
Tu hermosura me alegraba
Cuanto agora me entristece,
Que la memoria ofendida,
Mi fe y agravio me ofrece.
Jamás conocí otro cielo
Sino aquel donde estuvieses;
¡Ya conozco que fué engaño
Y que me engañé en quererle!
En estos afectos míos
Claro puede conocerse,
Que al fin una sinrazon
Mas que mil razones puede.
La mudable condicion
En el sugeto que tienes,
No puede ser cosa tuya
Sino solo de mi suerte.
Ya no te acuerdas de mí
Sino para aborrecerme,

Que ya en esto te parezco,
Aunque siento el parecerte.
¡Pluguiera al cielo, enemiga,
Que las partes que tú tienes,
No fueran tan de estimar
Por no sentir el perderte!—
Esto dijo el moro Zaide
Y por un monte se mete,
Cuyos árboles copados
Del sol la entrada defienden.

(Romancero general.)

68.

ZAIDE. — XVIII.

(Anónimo.)

Zaide esparce por el viento
Las cenizas de unas cartas,
Agora tan enojosas
Cuanto en otro tiempo caras.
Y aunque revuelve razones
Para poder disculparlas,
No halla ninguna que baste,
Que no hay disculpa á mudanzas,
Dice: — Si escrituras fuisteis,
Habeis parecido falsas,
No por falta de firmeza,
Mas por sobra de desgracia;
Y si fuisteis testimonios
De algunas véras pasadas,
Indebido fué tal nombre,
Pues véras tarde se acaban.
Si fuisteis obligaciones,
Ya sin razon son negadas;
¡Pero quien niega las propias,
Poco en ajenas repara!
Y si fées, fuisteis fingidas,
Pues estais tan olvidadas:
Si palabras, mentirosas,
Pues son las obras contrarias.
Por estas y otras razones
Os he entregado á la llama,
Que no es justo tener prendas
De deudor que tan mal paga.
Yo me acuerdo de otro tiempo
Que ningún fuego os quemara,
Porque siendo en vuestra ofensa
Mis lágrimas le apagarán;
Mas vuestro mudable dueño
Ha hecho en mí tal mudanza,
Que á faltarme agora fuego
Os quemara el de mi rabia.
Lleve el viento esas cenizas,
Pues llevé mis confianzas,
Y llévase mis memorias
Que ya en perderlas se gana.—
Mas dijera, mas no pudo,
Que le atajan las palabras,
Las sinrazones presentes,
Y las razones pasadas.

(Romancero general.)

69.

ZAIDE. — XIX.

(Anónimo.)

— Algun fronterizo alarbe
De los pecheros comunes,
Zaide, malquisto y traidor
Fué tu padre, no lo dudes:
Entre la fineza noble
De tu abuelo el gran Adulce,
El sayal de tu baja
Por mil partes se descubre;
Y como lo falso opones
A la verdad de que huyes,
Oropel de la nobleza

T. X.

Te llaman, y rey de embustes.
Engañóme tu semblante,
Amistad contigo tuve,
Mis secretos te fiaba,
¡Mira en qué parte los puse!
Mira, pues lo miran todos,
¡Qué moro á mi lado truje,
Que á sus enemigos teme,
Y á sus amigos destruye!
A la bella Lindaraja,
Sobrina del rey de Túnez,
Escribiste que en Granada
Alabarme de ella supe:
Que sus favores contaba,
Gustando que se divulgue
Mi ventura, y su firmeza,
Porque se ofenda y me culpe.
¡Si tú fueras el dichoso,
Desde el suelo hasta las nubes,
A su nobleza infamaras,
Que es obra de tus costumbres!
De mí ya saben las damas
Que hago que se sepulte
Su favor en mi silencio,
Porque mas mis glorias duren.
Ausentéme de la corte,
Y porque sus trazas use
Tu condicion engañosa,
Y el amor el mando usurpe,
A Zaira que me amaba
Osaste decir que busque
Ocasión para valerte,
Y que en tu ocasión la ocupe.
¡Mal te fué con las dos moras!
Porque el amor nunca sufre
Cautelas en sus verdades,
Ni tinieblas en sus luces.
Quien tal amistad mantiene
Consigo mismo se junte,
Pensamientos suyos trate,
De los ajenos no cure.
Oro puro ha de ser todo
Lo que en amistad reluce:
Hidalguía con traición
Respetos bajos arguye.
El pecho de un caballero,
Si hay vileza que lo enturbie,
Por mal nacido y villano
Es digno de que le juzguen.
¡Zaide, prevenid el pecho,
No haya lanza que ejecute
La venganza que debeis!
¡Mirad que el plazo se cumple!
¡Mirad mucho por la cara,
Que habrá filos que la crucen,
Volviendo por las ofensas
De las que ciñen estuches!
Que aunque mas vuestro linaje
Os defienda y asegure,
Ha de caer con la muerte
Quien traidores pasos sube.—

(Romancero general.)

ROMANCES DE TARFE.

70.

TARFE. — I.

(Anónimo.)

Abrasado en viva llama,
Bravo, feroz y rebelde,
Porque está hecha de yelo
La que tanto fuego enciende,
Sentado está el moro Tarfe,
Y no en el pecho que quiere,
Frontero de los palacios
De Celia, por quien padece.
Vióla estar á la ventana

3

Con hermosa y grata frente.
 Pero los esquivos ojos
 Daban muestras de crueles,
 Mostrando el bravo rigor
 Que con él tuviera siempre,
 Haciendo su duro pecho
 Con sus rayos trasparente;
 Y muestra el moro en la cara
 Mil colores diferentes,
 Que en ver el extremo de ellas,
 Unas van, y otras se vuelven:
 Y sudando de coraje
 Se limpia el rostro mil veces,
 Con un velo que le dió
 La hija del moro Hamete:
 Y porque Celia en miralle
 Algun tanto se suspende,
 De mudanza temeroso
 Dice que arderser parece.
 —La mas sublime merced,
 Cruel, que puedes hacerme,
 Es, que de véras me avises,
 Si me quieres ó aborreces;
 Porque le pague á Adarifa
 Lo mucho que tú me debes:
 Que me adora, y no la estimo,
 Y tú de verme te ofendes. —
 Y celoso de traicion
 De los que envidia le tienen,
 Con mil amorosas ansias
 Dice apretando el bonete:
 —¡Miente el traidor homicida
 Que con Alia me revuelve,
 Y si fuere mas que uno,
 Todos cuantos fueren mienten!
 Cegries ó Bencerrajes
 Salgan, aunque sean veinte,
 Sarracinos ó Aliatares,
 Aderifes ó Gomeles,
 Que yo soy el moro Tarfe,
 Espejo de los valientes,
 Que á la corte soy venido
 A pasear con los reyes,
 Como paseó mi padre
 En los palacios de Gelves;
 Y por mi dejan sus aguas
 Las bellas ninfas del Bétis,
 Y ellas harán que mi nombre
 En la corte se celebre:
 Y sepan quien es el Tarfe,
 Y de qué sangre descende,
 Y que me hagan la salva
 Los demas de alta progenie:
 Y que en solo oír mi nombre
 Los mas arrogantes tiemblen.
 ¡Mienten otra vez, les digo,
 Los que al contrario dijeren!
 Salga gente de Granada;
 Suelten plumas y alquiceles;
 Suelten las bandas moradas,
 Y las de esperanzas verdes
 Sus usurpadas divisas
 De damas que no merecen:
 Pongan cascos acerados
 Y yelmos de finos temples,
 Sabrán si cumple mi lanza
 Lo que mi lengua promete:
 Que por Celia he de morir;
 Pero antes de mi muerte,
 Quedará el suelo teñido
 De sangre de estos alevos.

(Romancero general.)

71.

TARFE. — II.
(Anónimo.)

En dos yeguas muy ligeras,
 De blanco color de cisne,

Se pasean en Granada
 Tarfe y el rey de Belchite:
 Iguales en los colores,
 Porque iguales damas sirven,
 Que el Tarfe sirve á su Celia,
 Y el Rey sirve á Doralice:
 Con bandas verdes y azules
 Los gallardos cuerpos ciñen,
 Cubiertas de naranjado,
 Que el verde no se divise:
 Marlotas y capellares
 Moradas y carmesies,
 Bordadas de plata y oro,
 Y esmeraldas y rubies:
 Los almaizares leonados,
 Color congajosa y triste,
 Plumas negras y amarillas,
 Porque sus penas publiquen.
 En las letras y divisas,
 Algun tanto se distinguen,
 Que lleva el Rey en la adarga,
 Hecha de varios matices,
 Una dama muy hermosa,
 Y un gallardo rey humilde,
 Con la corona á sus piés,
 Sufriendo que se la pisen,
 Y un corazón abrasado,
 Con una cifra que dice:
 «De hielo nace mi llama,
 Y el hielo en mi fuego vive».
 La dama lleva en la mano,
 Y encima su frente insigne,
 Dorado cetro y corona,
 Porque se entienda que rige;
 Y en la mano izquierda un mundo,
 Porque le manda y oprime,
 Y la Fortuna humillada,
 Que el paso á su rueda impide.
 No lleva el Tarfe divisas,
 Porque no se escandalice
 Adalifa, que de Celia
 Celos al moro le pide.
 Solo lleva por empresa
 Un verde ramo apacible,
 Y un retrato cuyos ojos
 Vivas centellas despiden,
 Y en todo el ramo esta letra,
 Que en arábigo prosigue:
 «Aunque tus rayos me abrasen,
 Fia que no me marchiten»;
 Y arrancando muy veloces,
 Porque sus damas los miren,
 Acabando la carrera
 El Rey dijo á Doralice:
 —Aunque las diosas sagradas
 Tu hermosura te envidien,
 ¿Por qué con tu gloria y cielo,
 Pena y infierno permites?
 Dime pues, ¿qué mas deseas?
 ¿Qué mas al cielo le pides
 Que tener á un Rey sujeto,
 Si de reyes sucediste?
 Ya no te pido favores,
 Ni que me adores ni estimes,
 Sino que uno solo escojas,
 De los muchos que te sirven,
 Porque veo que á cualquiera
 En tu servicio le admities,
 Así al de bajo linaje,
 Como á el de alto y sublime
 Y en los saraos y zambras
 De ordinario te persiguen
 Los Audallas y Aliatares,
 Azarques y Almoradies,
 Cegries y Bencerrajes,
 Sarracenos y Adalifes,
 Y con cara alegre y grata
 A ninguno nos despiden,
 Que á todos matas de amor

Con un falso amor que finges.
 Quitas la vida y el alma,
 Y tú con mil almas vives:
 Si no quieres enmendarte,
 Me desengañes y avises,
 Que damas hay en la corte
 Que desean de servirme;
 Y la hermosa Bindarrafa
 Desde Antequera me escribe
 Con cien mil celosas quejas,
 Diciendo: ¿Cómo es posible
 Que mis letras y mis cartas
 Dentro en tu alma no imprimes,
 Pues que tú impreso en la mia,
 Aunque estás ausente, vives? —
 Y con esto cesó el Rey,
 Y el Tarfe á Celia le dice:
 —Celia y cielo te llamaba,
 Mas ya encantadora Circe,
 Porque tu sereno cielo
 De oscuras nubes cubriste,
 Y en los soles de tu cara
 Tu crueldad hace eclipse;
 Y al que ántes del sol vestias,
 De oscuras tinieblas vistes;
 Y antes que la santa fiesta
 Del Bautista solemnice,
 ¿Por Alá, que he de sacarte
 De la patria donde vives!
 Y esto no será en tu mano,
 De que yo me determine,
 Pues sabes que el mundo es poco
 Para poder resistirme,
 Pues he despojado á Francia
 De valientes paladines,
 Y tengo en toda Vandalia
 Teñidos los arracifes
 De los de la cruz de grana
 Y los de flores de lises,
 Y he de teñir en Granada
 Alhambras y Zacatines,
 Aunque no suele mi alfanje
 En tan vil sangre teñirse:
 Y en esto oyeron tocar
 A rebato los clarines,
 Y mas lijeros que el viento
 Se parten sin despedirse.

(Romancero general.)

72.

TARFE. — III.
(Anónimo.)

A un balcon de un chapitel,
 El mas alto de su torre,
 Alto extremo de hermosura,
 Y alteza de los amores,
 Estaban dos damas moras,
 En suma beldad conformes:
 Suma que es suma en quien suma
 Mil sumas de corazones:
 La una se llama Celia,
 Y otra Jarifa es su nombre:
 Jarifa, que agudas flechas
 Y jaras tira á los hombres.
 Salían Tarfe y Gazul
 Por delante sus balcones,
 Delante las que adelante
 Se adelantan á sus dioses,
 Y las moras desde arriba
 Tiran piedras por favores,
 Piedras que empiedran el alma,
 Y las piedras blandas ponen;
 Y tiran juntos con ellas
 Claros rayos de sus soles:
 Claros, que al mas claro sol
 Clara ventaja conocen.
 Los moros alzan los ojos

Viendo las llamas feroces,
 Llamas, que en llamas abrasa
 Y llama á quien no conoce;
 Y la clarifica luz,
 La clara vista quitóles;
 Vista, que mil veces vista
 Hace que á revista tornen.
 Juzgan los moros por gloria
 El perder la luz entónces,
 En la luz que á la luz priva,
 Y sin luz da luces dobles:
 Y tienen puestos los moros
 Velos de varias colores,
 Varios que á varias amantes
 Dan varias muertes enormes.
 Bájanse del chapitel,
 Y en el corredor se ponen,
 Corredor, que corre almas,
 Y alcanza las que mas corren,
 Y mirándolas de cerca
 Dan mas vivos resplandores,
 Vivos, que dan á los vivos
 Vivas muertes y pasiones:
 Y á los moros les hicieron
 Que la luz perdida cobren,
 Perdida, mas bien ganada;
 Ganada, pues bien perdióse:
 Y alegres y satisfechos
 Lijeros la plaza corren,
 Plaza, que á tantos aplaza,
 Y emplaza en pleitos de amores.

(Romancero general.)

73.

TARFE. — IV.
(Anónimo.)

«Mora Zaida, hija de Zaide,
 No quiero que mas te burles,
 Con burlas que tanto aumentan
 Las penas que mi alma sufre.
 No quieras cubrir el cielo,
 Que siempre en mirarte tuve,
 Para descubrir los males
 Que tu favores me cubren.
 Si te pido la palabra
 Que me diste, no te excuses
 Con cautelosas razones;
 Di que no quieres, concluye.
 No muestres tanto desprecio,
 Ni te altives, ni te encumbres,
 Pues de gravedades locas
 Cualquiera que ama huye.
 Porque mil moros te quieran
 No te pongas en las nubes,
 Que los discursos mas llanos
 Usan ya los mas ilustres,
 Que ya no hay moros Cegries,
 Ni otros semejantes busques,
 Que hagan cueva por desdenes
 A sombra de un acebuche.
 El tiempo con que te burlas
 A ti propia te destruye,
 Que el pasarsete tus años
 Entre los moros se ruge.
 Cásate, Zaida, si quieres,
 Porque es cosa que te cumple;
 No aguardes que los que juzgan
 Tantas verdades desnuden.
 Y si quieres aguardar
 Que el tiempo este caso cure,
 Mira tú cuán sin piedad
 Todas las cosas consume.
 Dame el premio que merecen
 Mis presentes pesadumbres,
 Y al hacer salva, á la sorda

¹ Romance de muy mal gusto, lleno de equívocos y retruécanos.

Suenen tiros y arcabuces.
Y en el campo de mi fe
Pon luz con tu clara lumbre,
Para que oigan con mi triunfo
Chirimías sacabuches.
Esto dijo el moro Tarfe
Con los acentos mas dulces,
Como aquel que en solo amar
Es flor de los andaluces.

(Romancero general.)

74.

TARFE. — V.

(Anónimo.)

—Católicos caballeros,
Los que estais sobre Granada,
Y encima del lado izquierdo
Os poneis la cruz de grana;
Si en los juveniles pechos
Os toca de amor la brasa,
Como del airado Marte
La fiereza de las armas;
Si por las soberbias torres
Sabeis volar una caña,
Como soleis en la vega
Furiosos volar las lanzas;
Si como en ella las veras
Os place el hurlar de plaza,
Y os cubris de blanda seda
Como de ásperas corazas;
Seis sarracenas cuadrillas,
Con otras tantas cristianas,
El día que os diere gusto
Podrémos jugar las cañas;
Que no es justo que la guerra,
Aunque nos quemais las casas,
Llegue á quemar los deseos
De nuestras hermosas damas;
Pues por vosotros están
Con nosotros enojadas,
Por vuestro cerco prolijo
Y vuestra guerra pesada.
Y si tras tantos enojos
Quereis gozar de su gracia,
Como á la guerra dais treguas,
Dadlas á nuestras desgracias:
Que es grande alivio del cuerpo
Y regalo para el alma,
Arrimar la adarga y cota,
Y echarse plumas y banda;
Y al que mejor lo hiciere
Doy desde aquí mi palabra,
En señal de su valor,
Para que viva su fama,
De atar á su diestro brazo
Una empresa de mi dama,
Dada de su blanca mano,
Que es tan bella como blanca.—
Esto firmó en un cartel,
Y lo fijó en una adarga
El valiente moro Tarfe,
Gran servidor de Daraja,
En las treguas que el Maestre
De la antigua Calatrava
Hizo por mudar de sitio
Y mejorarse de estancia;
Y con seis moros mancebos,
De su propia sangre y casa,
Y algunos Abencerrajes,
Se le envió á la campaña.
Recibenlos en las tiendas,
Y sabida su demanda,
Dando el Maestre licencia
Se aceptó para la Pascua.
Y respondiendo al cartel
Con razones cortesanias,
Hasta salir del real

A los moros acompañan.
Cesan las trazas de guerra,
Y los que del juego tratan
Cierran la puerta al acero,
Y ábrenla al damasco y galas.
Moros y moras se ocupan,
Mientras el plazo se pasa,
Ellos en correr caballos,
Y ellas en bordarles mangas:
Y los dos competidores
De la pendencia pasada,
Hacen paces entre sí,
Y olvidan cosas pasadas.
Viendo Almoradi, el galan,
Que Tarfe se le aventaja,
Y que es señor de la mora
Que es señora de su alma,
Porque en público ó secreto
Cien mil favores le daba,
Dando á entender que le quiere
Mas que á su vida y su alma,
Una noche muy oscura,
Para el caso aparejada,
Se salió el gallardo moro
Al terrero del Alhambra.
Y en llegando, que llegó,
Vió una mora á la ventana,
A quien con joyas tenia
De muy atrás granjeada:
Hablóla, y dijo: —«Señora,
Es posible que Daraja,
Aunque no me canse yo,
De maltratarme no cansa?
Aquellos ojos que tienen
Mas que el cielo estrellas, almas,
Cuya luz mata mas moros
Que el Maestre con su espada,
¿Cuándo los volverá mansos?
¿O cuándo volverá mansa,
Dejando á Tarfe que tiene
Ménos manos que palabras?
Que no soy yo como él,
Tan cumplido de arrogancias,
Pues lo que él gasta en decirlas,
Gasto yo en ejecutarlas.
Bien saben en la ciudad
Que por mi brazo y mi lanza
Ha sido mil veces libre
De la potencia cristiana.—
Esto Almoradi decia,
Cuando Tarfe, que llegaba,
Dió el oído á las razones,
Y el brazo á la cimitarra.
Figúrosete al valiente
Alguna cristiana escuadra,
Y dejando la marlota
Volvió al moro las espaldas.
Salió Daraja al ruido,
Conoció á Tarfe en el habla,
El cual le dió la marlota,
Que era azul, con oro y plata.

(Romancero general.)

Es un bellissimo romance, donde brilla mucho el espíritu de
caballerosidad que se supone existia entre los moros y cris-
tianos, poco ántes de acabarse la guerra de Granada. (Véase
la nota del romance núm. 65.)

ROMANCES DE ABINDARRAEZ EL TIO¹.

75.

ABINDARRAEZ EL TIO. — I.

(Anónimo.)

Abindarraez y Muza,
Y el rey Chico de Granada,
Gallardos entran vestidos
Para bailar una zambra,

Un límes á media noche
Fué de los tres concertada,
Porque los tres son cautivos
De Jarifa, Zaida y Zara.
El descomponerse el Rey,
Cosa entre reyes no usada,
Y darle Muza su ayuda,
Poco galan sin las armas,
Que es hombre que no chey día
Tiene ceñida la espada,
Y para dormir se arrima
En un pedazo de lanza,
Halo causado un desden
Que tiene en los ojos Zaida,
Y amores de un Bencerraje
Que adora los suyos Zara.
Abindarraez es mozo,
Y siempre de amores trata:
Fátima muere por él,
Y á Jarifa rinde el alma.
Al fin ordena la fiesta
La desórden que amor causa,
Que al mas cuerdo hará mas loco
Celo y gusto de su dama.
Para cumplir con la gente
Echaron fama en Granada,
Que ha venido cierta nueva
Que Antequera era ganada.
Es la fiesta por agosto,
Y entra el Rey toda bordada
Una marlota amarilla,
De copos de nieve y plata,
Con una letra que dice:
«Sobre mi fuego no basta».
Gallardo le sigue Muza,
De azul viste cuerpo y alma,
Labradas en campo de oro
Unas pequeñas mordazas,
Cuya empresa de ellas dice:
«Acabaré de acaballas».
Abindarraez se viste
El color de su esperanza,
Unas yedras sobrepuestas
Con unas tocas doradas,
Un cielo sobre los hombros,
Con unas nubes bordadas,
Y en las yedras esta letra:
«Mas verde cuanto mas alta».
Sacaron á las tres moras,
Que eran la flor de la sala;
Éran el adorno de ella,
Y lo mejor de sus armas.
Abindarraez brioso,
Con una vuelta gallarda,
Pisó á Fátima en el pié,
Y á su Jarifa en el alma.
La mano le suelta al moro,
Y así le dice turbada:
«¿Para qué entraste encubierta,
Traidor, la engañosa cara?
Arroja el fingido rostro,
Que el propio tuyo te basta,
Pues que te conocen todos
Por mi daño y su venganza».
Con mil caricias el moro
La blanca mano demanda,
Y ella replica:—No quieras
Mano en la tuya, agraviada:
Baste que Fátima diga,
En conversacion de damas,
Que estimas en mas su pié
Que mi mano desdichada.—
Abindarraez turbado
Sale huyendo del Alhambra:
Si de verde salió el moro,
De negro vuelve á la sala.
Entre tanto el Rey y Muza
Estaban con Zaida y Zara,
Cansados de tantas vueltas

Que son de amor las mudanzas.
Como estaban disfrazados,
Recostáronse en sus faldas:
Cuando hablan enmudecen,
Y cuando están mudos hablan.
Tambien se cansarán ellas,
Que el cuerpo muerto no cansa
Como el vivo aborrecido
Que quiere forzar el alma.
Levántase un alboroto,
Que la reina se desmaya:
La fiesta se acabó en celos,
Que amor con ellos acaba.

(Romancero general.—It. Flor de nuevos y varios
Romances, 2.ª parte.)

¹ Este Abindarraez y esta Jarifa son del todo fabulosos, á
diferencia de aquellos que son los héroes de la historia de
Abindarraez y Narvaez, los cuales á pesar de ser muy noveles-
cos, como tienen mucho de lo que se cree verdadero, se han
colocado entre los romances históricos. Es uno de los buenos
romances moriscos donde se retratan bien los lances de amor
y celos á que las fiestas dan lugar.

76.

ABINDARRAEZ EL TIO. — II.

(Anónimo.)

Despues que con alboroto
Pasó el bailar de la zambra,
Do el gallardo Abindarraez
Dejó agraviada su dama
Pisando á Fátima el pié
En la presencia de Zara,
Y se entraron con la Reina
A divertirla sus damas;
Júntanse en conversacion
Jarifa, Fátima y Zara,
Que Zaida está con la Reina,
Que la entretiene y regala.
Son estas las mas hermosas,
Y de más nombre en Granada:
Tiene Fátima en los ojos
Paraísos de las almas,
Y en sus rubios cabellos
El rico metal de Arabia,
En cuyos lazos añuda
Las almas mas libertadas.
Tiene Jarifa la frente
De un liso marfil sacada,
Con sus mejillas hermosas,
Y sus labios de escarlata:
Son las manos de cristal,
Nieve el pecho y la garganta,
Adonde el fuego de amor
Invisiblemente abrasa;
Y aunque en su comparacion
Es algo morena Zara,
En discrecion y donaire
A las demas aventaja,
Que la flor de la hermosura
En breve tiempo se pasa,
Y es don que jamas se pierde
La discrecion y la gracia.
Es su plática de amores,
Y de los ajenos tratan,
Que las mudanzas del moro
Cada cual las siente y calla.
Lástimas son de Muley,
Y libertades de Zaida,
Que agora Jarifa llora,
Y las considera Zara,
Pues ama á quien la aborrece,
Y Jarifa á quien la engaña,
Y Fátima está contenta
Pues las deja por su causa;
Y como los corazones
Siempre por los ojos hablan,
Respondió á su pensamiento

Jarifa diciendo: — Basta,
Que no quiero otro castigo,
Ni pretendo otra venganza,
Que la que te puede dar
La mentira de mis ansias,
Que pronto verás el rostro
De la fortuna contraria
Con mas luto y mas tristeza
Que yo la tengo en el alma;
Que si levanta tu pié,
Y si mis manos abaja,
Es una misma la rueda
Que me humilla y te levanta,
Que ya me subió el favor
No sé si diga mas alta.
¡Mal anduve en no tenello
Cuando juntamos las palmas!—
Zara que ha vivido siempre
De favor necesitada,
Dijo: — ¡Dichosa la mora
Que jamas ha sido amada!
Si con celosos disgustos
Los gustos de amor se pagan,
El no habellos conocido
Es mas segura ganancia.—
Fátima que estuvo atenta
A una y á otra desgracia,
Cóligiendo de sus daños
Una consecuencia llana,
Dijo: — Quien tan sin razon,
Y tan sin porqué os agravia,
Merece que le castigue
La que mas quiere del alma.
Dijera mas, si á deshora
No hubiera llegado Zaida
A decirles que la Reina
A mucha prisa las llama,
Y al levantarse juntaron
Estrechamente las palmas,
Diciendo: — Muera su fe,
Y viva nuestra esperanza.

(Romancero general.)

77.

ABINDARRAEZ EL TIO. — III.
(Anónimo.)

En la ciudad Granadina,
En lo mejor de la plaza,
Que es la casa venturosa
Por Medoro celebrada,
Y la que pinta su pluma
De varias flores y plantas,
Vive allí una dama mora,
Flor de la flor de las damas,
La cual se llama Jarifa,
De la Torre y de la Alhambra.
A esta sirve un Bencerraje
Que le dió asiento en el alma,
Al cual le dan guerra celos,
Que los disimula y calla
En el turbante y divisa,
Que jamas muestra mudanza.
A un paje de quien se fia,
No suyo, mas de su dama,
Acordó de preguntalle
Si con su Jarifa habla
Un Cegri que se pasea
Por delante sus ventanas:
Y el paje que es secretario,
De presto le desengaña,
Diciéndole que el Cegri
Sirve á otra mora gallarda,
A quien se humilla el amor
Como á su madre sagrada.
Y con esto el Bencerraje
Aplacó su ardiente llama;
Pero no mitigó el fuego,

Que su corazon le abrasa,
Que quedando satisfecho
Mas el vivo amor le inflama,
Y del paje se despide,
Y va contento á su casa.
Y tiene razon el moro,
Porque la mora que ama
Puede hacer competencia
Con Vénus, Juno y Diana:
Que es tanta su discrecion,
Y su hermosura tan rara,
Que las musas del Parnaso
Tienen envidia á su fama.
Y si hace oscura noche,
Revoltoza y temeraria,
Con solo ella abrir sus ojos
La hace apacible y clara;
Y del sol los claros rayos
Los revoca y los contrasta,
Porque no es el sol mas de uno,
Y son dos los de su cara,
Cuya clarifica luz
Alumbra á toda Granada;
Y á dicho de todo el mundo
Es la hechura mas alta
Que ha hecho el pincel sutil
De naturaleza sabia;
Y es un retrato divino,
Por quien Alá nos declara
Las divinas hermosuras
De su corte soberana.

(Romancero general.)

78.

ABINDARRAEZ EL TIO. — IV.
(Anónimo.)

Celoso y enamorado
Rompe los aires con quejas
El gallardo Abindarraez,
Moro gallardo y de prendas.
Enamorado y celoso
Quejándose de su estrella,
Dice, y mira á la ventana
De Jarifa mora bella:
— ¡Ventana! ¡Divino cielo!
En cuyas hermosas verjas
Vi cautiva mi esperanza
Que mi libertad espera;
Si del cielo haces ventanas
Y haces cielo de la tierra,
Dame los hermosos rayos
Que el cielo á los tristes niega.
«Rabiosos celos... etc.»
Mis dichosas esperanzas
Fuéron sombra, humo y niebla,
Esposas mis pensamientos,
Y mi libertad cadena.
Sufrí esperanzas dichosas...
¡Penas en el mar de penas,
Dejad que mi pensamiento
Lleve al cielo mis querellas!
«Rabiosos celos... etc.»
Y tú, hermosa Jarifa,
Causa de mi mal primera,
Y en esta prision esquivada
De mi alma carcelera,
No quites, Jarifa hermosa,
Las prisiones en que pena,
¡Mas pues de su muerte gustas,
Su muerte te venga fiera!
«Rabiosos celos... etc.»
Pero con tormentos mas
No verás mas clara prueba,
Que la verdad en el potro,
Te la confiesa sin vueltas.
Y si para mas tormentos
Mi larga prision ordenas,

80.

ABINDARRAEZ EL TIO. — VI.
(Anónimo.)

La mañana de San Juan,
A punto que alboreaba,
Grande fiesta hacen los moros
Por la vega de Granada.
Revolviendo sus caballos
Jugando van de las lanzas,
Ricos pendones en ellas
Labrados por sus amadas;
Ricas aljubas vestidas
De oro y de seda labradas:
El moro que amores tiene
Allí bien se señalaba,
Y el moro que no los tiene
De tenerlos procuraba.
Mirarlos las damas moras
Desde las torres de Alhambra,
Entre las cuales había
Dos de amor muy lastimadas;
La una se llama Jarifa,
La otra Fátima se llama.
Solian ser muy amigas,
Aunque ahora no se hablan:
Jarifa llena de celos
A Fátima le hablaba.
— ¡Ay Fátima, hermana mía!
¡Cómo estás de amor tocada!
Solias tener colores,
Veo que ahora te faltan;
Solias tratar amores,
Ahora obras y callas;
Pero si los quieres ver,
Asómate á esa ventana,
Y verás á Abindarraez,
Y su gentileza y gala.—
Fátima como discreta,
Destá manera le habla:
— No estoy tocada de amores,
Ni en mi vida los tratara;
Si se perdió mi color,
Tengo dello justa causa,
Por la muerte de mi padre,
Que aquel alaves matara:
Y si amores yo quisiera,
Está, hermana, confiada,
Que allí veo caballeros
En aquella vega llana,
De quien pudiera servirme,
Y dellos ser muy amada,
De tanto valor y esfuerzo,
Cual de Abindarraez alabas.—
Con esto las damas moras
Pusieron fin á su habla.

(PEREZ DE HITA, Historia de los bandos de los Cegries, etc.)

81.

ABINDARRAEZ EL TIO. — VII.
(De Lucas Rodríguez¹.)

Cuando el rubicundo Febo
Sus rayos comunicaba
Al suelo caliginoso
Que de su ausencia quedaba
Temeroso, triste y feo
Con todo cuanto criaba:
En el venturoso día
Celebrado en nuestra España,
Y por todo el universo
De tal nombradía y fama,
Del glorioso Juan Baptista
A quien la Iglesia señala
Por uno de los mayores
Que en los nacidos se halla;

Haz tu querer y tu gusto,
Pues que la tienes sujeta.
«Rabiosos celos... etc.»
Miraba el moro celoso,
Y vió de dentro una seña,
En que le avisa que aguarde,
Que está la gente dispierta.
Y quitase el moro luego
De su puerta, porque suena
Gente en la calle de ronda,
Y témesese no le vean.
«Rabiosos celos... etc.»

(Romancero general.)

79.

ABINDARRAEZ EL TIO. — V.
(Anónimo.)

Fátima y Abindarraez,
Los dos extremos del reino,
Ella por extremo hermosa,
Y él valiente en todo extremo;
Abencerraje de fama,
Del rey de Granada deudo,
Capitan de Alora, cuando
Doraba su rostro el vello:
Aquel que con los peligros
Daba descanso á su pecho,
Mostrando en él y en los ojos
De un amante y amor tierno:
El que por su fe y su rey
Ha mostrado en poco tiempo
Que lo que en la edad faltaba,
Sobraba en valor y esfuerzo,
Y en las Cortes de Almería¹,
Las últimas que se hicieron,
Hizo gran servicio al Rey
Guardando al reino sus fueros²,
Tanto que los Alfaquies
Decretaron en consejo,
Que se le hiciese una estatua
Por reparador del reino,
Y de esto y de su valor,
Estando el Rey satisfecho,
Por gratificarle en algo
Parte de lo que habia hecho,
Le ha nombrado por alcaide
De aquel belicoso suelo,
Donde bebe el mar de España
Las aguas de Tajo y Duero³.
Aqui estaba Abindarraez
Ocupado en su gobierno,
Presente de sus cuidados,
Y ausente de sus contentos:
Cuando á la ausente Jarifa,
Que no lo está de sus duelos,
Sino presente á su pena,
Y de su gloria el destierro,
Hablando con un retrato,
Que le sacó de su pecho,
Donde está mas natural
Que puede en tabla ó en lienzo:
Despues de decir callando
Mil amorosos conceptos,
Que mas que una lengua ó libro
Habla á veces el silencio,
Dijo: ¡Amiga de mis ojos!
¡Vida de mi pensamiento!
No verte como solia
Me es otro nuevo tormento.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos Romances, 3.^a parte.)¹ Entre los Moros no habia Cortes.² Tampoco habia fueros, á lo ménos que se pareciesen á los de los castellanos.³ Ni el Duero ni el Tajo mezclan sus aguas en el mar de España.

Cuando la morisma toda
En fiestas se señalaba,
Salen dos gallardos moros
Por la vega de Granada
Con relinchosos caballos
Haciendo grande algazara,
Y agradable escaramuza,
Curioso jugar de lanza,
Y otras muchas gentilezas,
Cuyas hazañas mostraban
Estar heridos de amor
Y sus almas captivadas.
Mirarlos dos bellas moras
De las torres del Alhambra,
Que en particular tenían,
Aunque lo disimulaban,
Rendidos sus corazones
A los que escaramuzaban.
Llaman Jarifa á la una,
La otra Fátima se llama:
Si la una tiene hermosura,
La otra hermosura y gracia,
Y entre la una y la otra
Mortales celos se tratan
De ese moro Abindarraez:
Días ha que no se hablan.
Jarifa es grave y hermosa,
Vive leda y confiada,
Y aunque Fátima lo es,
No tiene su confianza,
Puesto que el gallardo moro
La dió á entender que la amaba,
Y para certificarse
Mil ocasiones buscaba.
Finalmente vió á Jarifa
Junto á sí en una ventana,
Al tiempo que el bravo moro
Adarga y lanza jugaba.
Parecióle esta ocasion
Para lo que deseaba,
Y con voz baja y quieta
Aunque con alma alterada,
Le dice: — Hermana Jarifa,
Tiéneme muy admirada
Un efecto, que yo veo
En la color de tu cara.
Ya estás blanca, ya amarilla,
Y á ratos muy colorada.
Unas veces por los ojos
Parece que das el alma,
Y adonde está Abindarraez
Allí la pones fijada.
Si le vencen los contrarios
Te muestras muy desmayada,
Y si sale vencedor
Alegre y regocijada.
Todas estas cosas son
Propias de persona que ama. —
Atenta estaba Jarifa
A todo, muy sosegada:
Quiso callar y no pudo,
Que amor la tenie forzada;
Mas con su boca graciosa
Desta manera la habla:
— Fátima, ¿burlas de mí,
O estás conmigo enojada?
Si burlas son, no las quiero,
Que con celos, son pesadas:
Si véras, á ti mas toca,
Pues estás amartelada,
Que ese moro Abindarraez
Te tiene muy subjetada,
Y sé que huelgas de sello:
¡No hagas de la excusada,
Que es echar mas leña al fuego,
Y tener pena doblada! —
Fátima respondió así:
— ¡Vives, Jarifa, engañada
Si piensas que por él peno!

Que para hacer tal entrada,
Tarde llegó Abindarraez:
Tomada está la posada. —

(Rodríguez, *Romancero historiador*.)

¹ Es este romance una imitación bastante feliz del anterior; pero en el primer trozo hay ideas harto pedantescas y de mal gusto.

82.

ABINDARRAEZ EL TIO. — VIII.

(De Pedro Padilla.)

Con Fátima está Jarifa
A una ventana hablando,
Y ardiendo de celos della
Le dice con rostro airado:
— ¡Nunca entendí que tuvieras
Conmigo tan doble trato,
Porque caber no podía
Sino en corazón villano!
Dejásteme el otro día
Con el pecho asegurado,
Para poderme engañar
Mucho mejor á tu salvo.
Creite yo como amiga
Descuidada de tu engaño,
Que lo que yo no hiciera
No supe en ti recelarlo.
Dice, Fátima, muy bien
Aquel refrán tan usado,
«Que solo el que no se fia
» Deja de ser engañado».
¿Por qué dijiste que estaba
El aposento ocupado,
Y que el moro Abindarraez
Había tarde llegado,
Sabiendo que en el lugar
Sabían todos lo contrario,
Que públicamente anda
Tu servidor declarado?
Solo el engañarme siento,
Que no lo que me has quitado,
Pues nunca tanto me quise,
Ni estimó en mas mi cuidado.
Yo sé de su propia boca
Cuanto contigo ha pasado,
Y que tú le solicitas
Estándose él descuidado.
No tengo celos de tí,
Ni nadie me los ha dado,
Porque cuanto del pretendo
Tengo muy asegurado:
Lo que siento es, que tuvieses
Conmigo trato doblado,
Siéndote yo tan amiga
Y habiéndotelo mostrado.
Fátima, muda de intento,
Porque yo te desengañé
Que son conmigo las véras
Y andan contigo de falso.
Del agravio que me has hecho
El que puede me ha vengado,
Y con decírtelo queda
Mi corazón descansado. —
Fátima responder quiso:
Mas Jarifa no ha esperado,
Que la palabra en la boca
Saliéndose la ha dejado.

(PADILLA, *Tesoro de varias poesías*.)

83.

ABINDARRAEZ EL TIO. — IX.

(De Pedro de Padilla.)

El gallardo Abindarraez,
Tan conocido por fama,

Y el valiente moro Muza,
Que era alcaide del Alhambra,
Pariente del rey Chiquito
Y gran servidor de Axa,
A pasear la ciudad
Del Alhambra se bajaban.
El uno va de amarillo
Y otro de color leonada,
Que estas eran las colores
De las dos que los dos aman.
Los caballos eran rucios
En que los dos moros bajan,
De muy hermosa presencia:
Las sillas aderezadas
La una de verde y de oro,
La otra de leonado y plata.
¡Tan lozanos van los moros,
Que por do quiera que pasan
Unos les dan bendiciones,
Y otros de envidiosos callan!
Y tratando algunas cosas
En que mas gusto hallaban,
Vinieron á tratar luego
De las damas de Granada.
Y repararon los dos
En las dos que entrambos aman:
Dice el uno que Jarifa
Es de hermosura y gracia,
De valor y cortesía
La mora que mas alcanza.
No consiente aquello Muza,
Diciendo que no hay criada
Mujer, debajo del cielo
Que se igualase con Axa:
Y fué la burla de suerte
Que de palabra en palabra,
Si no fueran tan amigos
Pusieran mano á las armas.
Mas lo que allí no fué véras
En una gran fiesta para,
Porque el moro Abindarraez,
Luego que volvió al Alhambra
Hizo llamar sus amigos,
Y por defender su dama
Una fiesta de sortija
Dieron orden que se haga,
Entre ellos cosa muy nueva
Y nunca jamás usada:
Y el cartel que allí se hizo
Otro día pregonaban
En que Abindarraez defiende,
Que la mora á quien él ama
Es la mujer mas hermosa
Que vive dentro en Granada,
Y que lo mantendrá solo
A cuantos moros le salgan,
A tres lanzas las mejores,
Mejor letra y mejor gala:
Y que si fuese vencido,
Que perderá una guirnalda
De piedras de gran valor
Y de perlas adornada,
Que la hermosa Jarifa
Con su mano aderezara.
Y cuando ya llegó el día
Para la fiesta aplazada,
Todas las moras hermosas
Acudieron al Alhambra,
Codiciosas de ganar
Lo que cada cual pensaba
Que le era deuda debida
Por mas hermosa y gallarda.
Y cuando ya estuvo dellas
Hecha un cielo aquella plaza,
Los enamorados moros
A caballo paseaban,
Cada cual haciendo fiesta
A la que mas le cuadraba.
Estando en esto, sintieron

Que el mantenedor entraba
Con doce moros delante,
Todos de encarnado y plata
Con unas llamas de fuego
Que un corazón abrasaban,
Los seis con doce atabales
Que de dos en dos tocaban,
Y con trompetas los otros
De música concertada,
Y doce pajes tras ellos
De hermoso talle y cara,
De tela de oro vestidos,
De encarnado matizada,
Y con estrellas de perlas
A todas partes poblada.
En doce caballos blancos
Los doce pajes entraban,
Encubiertos los seis,
Y los seis con sillas rasas;
Y los seis pajes mayores
Lleva cada cual su lanza,
Y los caballos testeras
Con plumas diferenciadas:
De la suerte del vestido
Las cubiertas adornadas,
Tras ellos entra Jarifa
Al natural retratada,
En un carro aderezado
Con mucha riqueza y gala.
Cuatro caballos le tiran,
Todos color de castaña,
Con frenos dorados todos
Y las cabezas pobladas
De largas y bellas plumas
Pardas, blancas y leonadas;
Y ante los piés de Jarifa
Vénus viene arrodillada,
Ofreciéndole del hijo
El arco, flechas y aljaba:
Y Amor á su lado puesto
Viene la venda quitada,
Llorando porque Jarifa,
No quiere lo que le daban.
Detras vienen seis padrinos
Con marlotas encarnadas
Y flor de lises de oro
Y medias lunas de plata,
Ricos alfanjes ceñidos
Y las cabezas tocadas
Con tocas listadas de oro
Dentro de Túnez labradas,
Y de su misma librea
Los caballos que llevaban.
El gallardo Abindarraez
Tras ellos entra en la plaza
Sobre un gran caballo blanco,
La silla de oro bordada,
Y un penacho en la testera
De plumas diferenciadas
Y todas de argentería
A los remates pobladas.
El capellar y marlota
Eran de color leonada,
Y sobrepuestas en ella
Cifras bordadas de plata.
Jarifa dicen las letras
En las cifras estampadas.
Llevaba una blanca toca
Hecha con muchas lazadas,
Rubies asidos de unas,
Y en las otras esmeraldas,
Y un penacho muy hermoso
De plumas todas rizadas,
Y un tahel berberisco
En que colgando llevaba
Un alfanje damasquino;
La guarnición y la vaina
Hechas de oro de martillo
Con gran artificio y gala.